



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente rue-Ouverture 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

Dirección de los señores D. Adrián Riestra, comandante de Artillería y Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puentes y Canales

El curso empieza el 1.º de Octubre.

18, Balcones Azules, 18

CAMINO TRISTE

Los telegramas que se reciben de Cuba anuncian que ha comenzado el regreso.

¿Qué diferencia entre ese viaje y el de ida! Se ansiaba entonces llegar para ocupar puesto de honor; y si se pensaba alguna vez en la vuelta, se pensaba también en el recibimiento entusiasta, en las coronas de flores, en los ramos de laurel, en los agasajos y en los vivos.

La suerte no lo ha querido; la fuerza bruta aplastó nuestro derecho y los que pensaron volver triunfantes vuelven vencidos, pero cargados de razón.

¿Vencidos! No es esa la palabra, no hay vencimiento donde no hay lucha y la casi totalidad de los españoles no ha peleado con los yanquis. Lo que hay es que el palenque estaba cerrado, circuido de agua, aislado del mundo por cinturón de hierro formado por cadena de buques que impedía el acceso de municiones y viveres é interrumpía las comunicaciones.

Los primeros que abandonan la isla vienen ya. Vienen luchando aun, no contra los mambises que han sido su pesadilla de tres años, ni contra los hijos del tío Sam á quienes no han visto nunca, sino contra enemigo más artero, más cruel y mas traidor: contra las enfermedades.

Los primeros buques de la re-

patrición no son barcos cargados de tropas como aquéllos que salían de España produciendo explosiones de entusiasmo; son hospitales que las olas mecen y que dejan caer, de vez en cuando, en el fondo del mar, ahora un cadáver y luego otro.

Quando esos buques lleguen á España debe salir á recibirlos el alma nacional. Ella despidió á los soldados frenética de júbilo y ella debe recibirlos caritativa y cariñosa, prodigándoles toda clase de consuelos y de auxilios.

¿Vuelven vencidos? ¡Pero vuelven héroes! Mas aun: vuelven martires y los que sufren el martirio adquieren el derecho á ser glorificados. El amor y el deber los arrojó en la lucha y por amor y por deber ha de acogerseles con extremado cariño, con lujo de atenciones.

Perdidos en la soledad del mar tenebroso que fué testigo de las angustias de Colon, navegan unos pobres barcos en demanda de las nativas playas. Cobijales la bandera orgullosa de Bailén y de Lepanto; besan sus quillas las hirvientes olas que parecen amansadas por el Atlántico para restar sufrimientos á los soldados: acompañales el pensamiento cariñoso de las madres y les espera en el puerto la santa Caridad para cumplir su hermosa misión.

Camino triste el que siguen esos barcos. Tendido entre posesiones españolas, circulaba por él la vida nacional como circula por la ar-

teria la sangre que va del corazón á las extremidades. Amputadas éstas, la sangre se replega á las entrañas. Por eso vienen los soldados, primero los que padecen enfermedades, después los que aun conservan un resto de salud. Murieron las colonias para España y la sangre española refluye al corazón.

Triste viaje el que hacen los soldados por ese camino que hace cuatro centurias nos llevó á descubrir un nuevo mundo, del cual nada nos queda.

TIJERETAZOS

Nuestro colega de La Unión «El Renacimiento», se ocupa de los vailes.

¿Qué, vuelven á circular los antipáticos é inmorales papelitós?

Pues apretar de firme, compañero, hasta lograr que no encuentren los vailes quien les vaiga.

Valor se necesita para dar vailes después de lo pasado.

Ya no hay clases.

Los autores invaden el anillo y los diestros se meten por el campo de la literatura y asaltan los escenarios.

El picador «Momento» vá á estrenar una zarzuela, cuya música será de Mazzantini.

De protagonista de la obra, hará Badiá.

Y es probable que las mujillas tengan también que desempeñar algún papel.

El de arrastrar al foso la zarzuela.

¡Lo que ingenia la falta de recursos!

Se ha presentado á las autoridades de Madrid un individuo, vallisoletano él y ha dicho:

—He matado en mi pueblo á martillazos á un herrero, compañero mío, y he perdido la tranquilidad. Estoy acoestado por los remordimientos y deseo que ustedes me detengan.

Las autoridades se quedaron horrorizadas al ver la serenidad del tío y lo enviaron á la cárcel.

Después se pusieron en campaña para reconstituir el crimen.

Y resultó de todo ello que el homicida no había matado á nadie, que no tenía un cuarto, que necesitaba ir á Valladolid y que se fingió asesino para que lo llevaran por cuenta del Estado.

¡Valiente punto está el vallisoletano del martillo!

¡Cuántos habrá por ahí que harían lo mismo si no les faltara ingenio!

GLORIAS NACIONALES

Sorpresa y recuperación de Herenthala.

13 de Octubre de 1595.

Vallendose de un ardid tan hábil como andas en la madrugada del 12 de Octubre de 1595 la guarnición holandesa de la plaza de Breda consiguió sorprender á las tropas españolas que defendían á Herenthala, y no obstante que estas pelearon con heroico arrojo en las calles y edificios, disputando á los holandeses la victoria con heroísmo rayano en locura, se retiraron abrumadas por el número, cediendo el terreno palmo á palmo, y no sin dejar tendidos sobre él numerosos muertos y heridos de uno y otro bando.

Los holandeses, tan luego se vieron dueños de la plaza, se entregaron al saqueo y al pillaje, y aprovechado de esto el gobernador de Herenthala D. Alonso de Luna, que había conseguido haberse fuerte en la puerta de Amberes, mandó á buscar á las tropas dispersas y á los destacamentos de los puestos inmediatos, y con la gente que pudo reunir cayó sobre el entretenido enemigo, al cual sorprendió en su faena de saqueo; y tal fué la rapidez y la bravura con que los españoles le atacaron, que al cabo de poco tiempo no quedó en la plaza ni un solo holandés con vida, pues el que no pudo huir pereció á manos de los nuestros, que en aquella ocasión dieron pruebas sobradas de ser dignos del renombre universal que gozaban.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

AVENTURAS del Emperador de Alemania

Un berlinés que ha seguido como afilado las últimas maniobras del Ejército alemán, refiere la historietta siguiente de un diablo prusiano:

El 7.º cuerpo vivaqueaba entre Oynhausen y Bergkirchen.

A la entrada de la segunda de dichas poblaciones, que está situada sobre una eminencia, hay una tienda de comestibles, desde cuyos miradores se domina toda la zona.

El día de maniobras, entre tres ó cuatro de la madrugada, los dueños de la tienda y de la casa á que nos referimos vieron turbado su sueño por un repiqueteo infernal de la campanilla, el cual alternaba con bruscos golpes dados á la puerta de la calle.

Levantóse el tendero maldecido del importuno que así llamaba, y preguntó desde el interior.

—¿Qué quiere usted á estas horas?

—Permitame V, entrar—repuso una voz entre cortés é impetuosa: há a manobrar el séptimo cuerpo de ejército y desearía contemplar el espectáculo del de el mirador de la casa.

La respuesta del comendante fué tan seca como rápida.

Al propio tiempo se acostaba á una de las ventanas su mujer, la cual comenzó desde allí toda clase de dentures al ándaz visitante:

Los westfalinos no pasan en Alemania por muy corteses.

El matrimonio de Bergkirchen sostuvo dignamente la fama de sus compatriotas.

Pero el que tan inoportunamente había interrumpido el sueño de los pacíficos tenderos no se dio por vencido, sino que volvió á pedir que le abriesen, consiguiendo esta vez un toro de mandó que hizo volar al dueño de la casa.

—Será algún oficial del séptimo cuerpo, se dijo.

Y apareciendo en el umbral, don la puerta entreabierta, preguntó tímidamente:

—¿Quién es V.?

—Guillermo.

—Eso no es contestar. Hay infinitud de Guillerminos en Westfalia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 318

LA PRINCESA DE LOS URANOS 319

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 322

—Pero ante todo, señora, dijo aturrido Mr. de la Chaumiere, porque no sabía adonde iba á parar Asuena: ¿os habéis hecho daño?

—No; pasó ya: os agradezco vuestro cuidado por mí, y me alegro de la ocasión que me habéis procurado, siguiéndome, de suplicaros que si algo veis en mí que os llame gravemente la atención, seáis mas prudente.

—No sé cómo interpretar, señora, vuestra última palabra.

Asuena miró á derecha é izquierda para ver si había alguien en la galería: estaba desierta.

—Mr. de la Chaumiere, le dije: yo necesito los servicios de un hombre inteligente y leal: desde que os vi, porque me hizo reparar en vos la insistencia de vuestra mirada, me pareció que podía disponer de vos de una manera completa.

—¡Ah, señora! no sé cómo explicaros el placer que me causa el que vos hayáis pensado en mí para utilizarme de cualquier modo: ¿sabéis quién soy yo, señora?

—Sí; pero adiós: ved de qué manera entráis esta noche en el patinillo adonde dan las rejas del piso bajo del cuarto de la princesa; á ese patio dan también las rejas del mio; estad allí á las doce.

—¿Y qué puedo esperar, señora?

—Esperad cuanto queráis esperar: sois dueño de esperar mucho y de estar esperando eternamente: no falseis, Mr. de la Chaumiere.

Y Asuena escapó tan ligera como si no hubiera torcido un plé, y se metió en su cuarto.

IV

Mr. de la Chaumiere se quedó inmóvil, asustado de una aventura que no sabía si debía explicársela favorable ó adversamente.

—¿Tendrá alguna historia entre manos? ¿habrá comprendido que me domina y querrá valerse de mí? dijo Mr. de la Chaumiere: esa mujer es impenetrable: bien, luchemos; peor que estoy no he de estarlo, y mas vale salir de dudas que padecer con la ansiedad de una esperanza cuyo óbolo no se ve claro.

Y Mr. de la Chaumiere se volvió, salió de la galería, entró en la antecámara de la reina, y dijo á la princesa de Tilly:

—Se la ha torcido un plé, y por consecuencia de esto....

—¿Estábais cerca, al sostenerla la habreis abrazado y no habéis sido rechazado?

—¡Oh, princesa! nada de eso; pero dentro de ocho

su alteza no haya venido á buscarme don Juan: porque si fuera verdad lo de la herida, no estaría tan tranquila su alteza.

—Ya sabes, pues has vivido mucho tiempo en palacio, que no hay que fiar mucho en las caras palaciegas: cabalmente á causa de don Juan de Santiváñez, y por no estar éste en Madrid, necesito de todo punto entrar esta noche en el patinillo adonde dan las rejas bajas del cuarto de la princesa.

—Esto acabará por traerme un serio disgusto: yo no soy conserje de la planta baja del alcázar para exponerme á cada paso á que el alcalde se aperceba de algo y me pongan en la calle, ó lo que es peor, en algún sitio oscuro: su alteza tiene cosas que á la verdad, no gustarian mucho á su majestad si las suplera; en palacio se sabe todo, y francamente, señor Prevoux de la Chaumiere, tengo miedo de que estos descubrimientos me salgan caros.

—Me habia olvidado de que contigo valen mucho más los hechos que las palabras, dijo Mr. de la Chaumiere, sacando de un largo bolsillo verde dos doblones de á ocho y poniéndolos sobre la mesa.

—Es el caso, dijo el conserje, que no sé por dónde anda la llave de la puerta del patinillo; cómo que el tal patinillo, desde que su alteza se fué á Francia no sirve para nada.